

Javier Tafur

Alúa

Ediciones La Sílabá
Colección Duenderías

CONTRACARÁTULA

La Realidad de lo Fantástico

Javier Tafur ha mostrado preferencia por el cuento corto, con los cuales ha obtenido algunos galardones, por la concesión en el estilo, imprescindible en el género, y la agilidad y sutileza del tema, coronadas a veces por un final desconcertante. Cuentos como el Llaverito de Plata, la Carrera en Círculo, El Inmigrante, Puertas, Espejismos, y varios más, pues cumplen exigencias nada fáciles, que presuponen imaginación, economía, en los medios expresivos, como ya lo anotamos, y cierto espíritu travieso, lúdico, que invita al lector a seguirlo en la rápida pero gratificante experiencia.

Una constante en la creación de Javier Tafur, fiel a los fines propuestos, es el material campesino, presente en muchas de sus obras: Los seres sencillos, ingenuos, animales, árboles y elementos míticos que forman parte de las tradiciones populares. La Patasola, El descabezado, los Duendes, por supuesto, y tantos más, tejen una densa trama en la que por momentos es difícil deslindar la realidad de lo fantástico. En esto radica uno de los mejores atributos de su obra; pero para lograr esa dimensión es necesario contar con una sensibilidad casi infantil, transparente, algo presente en Tafur desde sus primeros experimentos literarios. Y que le asegura un largo y rico porvenir creador; porque, además, se trata de un trabajador incansable, que ha su actividad de abogado penalista, especialidad en la que investiga constantemente (y sobre la cual está concluyendo un libro de aspectos prácticos) agrega la de generoso colaborador en todo aquello que señale caminos a la belleza.

Es casi increíble la insistencia creadora de alguien que en plena juventud cuenta ya con un índice bibliográfico rico. Entre sus obras, basta recordar Los Inquilinos del Sueño, Duenderías, La Ardilla en el Maizal, Ocarina, y el más reciente, Cantilena. Pero, además, ha contado con la colaboración de quien va creando un mundo paralelo al suyo, por los aspectos poéticos e ingenuos, el artista Hernando Tejada. Creo que nadie, entre nosotros podía ilustrar mejor el universo lúdico de Javier Tafur González.

Alberto Dow D.(1989)

FICHA TÉCNICA

ALUA- Primera Edición- 1990

JAVIER TAFUR GONZÁLEZ

Ediciones “La Silaba”

A.A. 1919. Cali- Colombia

Colección Duenderías

Diseño, Carátula y Diagramación:
José Eddier Gómez

Ilustraciones:

Hernando Tejada

Impresión:

“ARTE COLOR IMPRESORES”

Cali- Colombia

Impreso en Colombia

La Llegada

Terminó de amarrar el cordón de su zapato y corrió al jeep. Saliendo de la ciudad, subieron por una calle empinada que al descender parecía un tobogán. A Nacho le agradaba pasar por ahí. Pronto estuvieron en carretera.

Al llegar a la cima tomaron el desvío. La carretera continuaba, destapada. Enseguida se acostumbraron a los golpes de las piedras, al polvo y a los saltos. Por allí se entraba a la naturaleza y a otros mundos. Vieron a lo lejos la hermosa ciudadela de Villamaga, cogieron la trocha y llegaron a “Guambrinas”. Su padre compró clavos de herrar y dos maneadas. Los campesinos tomaban cerveza en la cantina, teniendo los caballos de sus cabestros desde las mesas, oyendo sus canciones preferidas. Algunos jugaban billar. Era domingo. Pasaron la finca de don Alejandro, la de don Luis. Al fin llegaron al mangón. Nacho se bajó y abrió la puerta, puso la armella y volvió a subirse; siguieron entre los cultivos de té; cantaron los pellares y ladraron los perros. Su padre pitó anunciando la llegada.

El Abuelo y el Niño

Había superado el siglo y pasado todas las pruebas. Tenía 103 años y un corazón lleno de retoños. Nacho era su nieto preferido. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, con un clima amable, fueron caminando a los corrales. Brin, el perro cazador, se echó a sus pies. Se sentaron en la canoa. El abuelo acariciaba el perro con su pié, le tocaba las orejas, y el noble animal movía la

cola como otro nieto consentido. Conversaban de la ciudad y de la finca; del colegio y de las vacas que habían parido; de la yegua Paloma que había criado un lindo potrillo hijo del Pinto. Nacho le preguntó por el Duque, por el Zipa, por Chirillas, por el Caballo Arabe, por el Cahnqueño, Cacalá y Princesita.

El abuelo sonrió.

- Una vez...
- Cuenta, Abuelo.
- Te diré: tu tío Arcesio tenía un caballo al que le pusieron de nombre “Calzoncillos”. Tu tía Sofía que siempre ha sido muy alegre y molesta, lo vio que venía por allá, en el alto. En esa época apenas estábamos sembrando las primeras plantaciones de té. Las maticas no estaban aún crecidas. Se levantaban un tanto así.- Dijo señalando la altura.
- ¿Qué paso?
- Tu tía Sofía le dijo a mamá María: “Mami, ahí viene Arcesio en Calzoncillos”.

Nacho se rió.

- La Abuela toda preocupada porque ese día teníamos invitados salió nerviosa a reprenderlo:”¿Cómo se le ocurre a ese muchacho andar así?” Al darse cuenta de la broma se puso brava y le quiso dar una tunda.

El Abuelo se levantó y arregló la camisa. Se apoyó en su perrero y las golondrinas llegaron. A las cinco siempre llegaban y revoloteaban haciendo divertidas piruetas en los corrales y entre los árboles del jardín. El Abuelo las esperaba y ellas venían, desde hacía muchísimos años; desde antes de nacer Nacho.

- ¡Abuelo!
- Aquí...- contestó, pasito.
- La madre de Nacho repitió su llamado
- Dile que estamos aquí.
- ¡Ya vamos!- gritó Nacho.

- Es hora de comer- dijo la señora.
- ¡Ya vamos!- repitió Nacho.
- Hijo, en el campo se come temprano; porque el día también principia más temprano.

El perro los siguió. La madre tomó al Abuelo del brazo para ayudarlo a subir al corredor.

- Hay sopa de carantanta.
- Me gusta- asintió complacido.
- Por la noche tosió mucho.

Amigos

Ensilló El Cachucho y a todo galope fue a visitar a sus amigos. Llegó donde Marino y fueron a buscar a Alfredo. Pasaron el día cogiendo granadillas y naranjas. En la rama de un guamo encontraron una orquídea.

- ¿Verdad que tu papá tiene aviones?- preguntó Alfredo.
- No- contestó Nacho.
- La gente por aquí dice que tiene aviones, haciendas y casas.
- No- repuso. – No tiene para eso.
- Cuando yo sea grande quiero tener un camión de los grandes- dijo Alfredo.
- Yo quiero ser Ingeniero- comentó Marino. – Pero aquí no hay sino primaria. Yo le escribí a mi tío que vive en Popayán pidiéndole que me ayude en el estudio.
- ¿El que te mandó las revistas de los tractores?- preguntó Alfredo.
- Sí. El es mi padrino.

Se subieron los tres en el Cachucho pero no estaba enseñado a que lo montaran en el anca y se puso a corcovear tumbando orquídea, frutas y muchachos. Arrancó a correr por la finca del papá de Alfredo. Cuando lo fueron a coger se les voló metiéndose en un cafetal. Jorge Montes, que estaba en la limpieza , lo agarró.

El papá de Alfredo les ofreció un café con tostadas de plátano.

- ¿Cómo están por su casa?
- Bien, gracias.
- ¿Mi comadre?
- Bien
- ¿El doctor?
- También.
- ¿Cómo está don Juaco?
- Regular.
- Me lo saluda, por favor- dijo don Alejandro
- Sí.
- ¿Todavía le dicta para cura?- preguntó don Alejandro al niño, chanceándose.

Nacho rió. Recordó que el año anterior había comentado que deseaba ser sacerdote.

Para padre...de familia- dijo misiá Celmira.

Ya veremos...respondió con timidez.

Se despidió y volteó su caballo; el sol de los venados extendía su sombra del filo a la hondonada.

La avispa

Una tarde viendo los terneros del ordeño, quiso enlazar al hijo de la Azoma. Fue al cuarto de las monturas y trajo una soga. Comenzó a bolear haciendo corretear a los terneros en el corral y la lanzó a la esquina donde los tenía arrinconados, cayendo al cuello de la "Avispa", que resopló buscándolo para embestirlo. Lo hizo subir al cerco. Los terneros amontonados sobre la puerta la tumbaron y salieron en estampida. Nacho alcanzó el extremo del rejo, la ternera dio un tirón que lo hizo caer de bruces. Vio estrellas. Al rato don Elías advirtió los terneros por el Chorro extrañándose de ver a la Avispa arrastrando la soga.

Nacho estaba en el suelo.

-¡Ah, muchachos éstos!- desaprobó don Elías.

En la cocina misiá Pola opinaba:

- Está mal. Hay que llevarlo donde don Jerónimo.
- Mejor, ahora, que todavía está caliente- dijo don Elías.

La mamá estaba nerviosa.

- ¡Y mire como tiene esa mano!- dijo.
- Deben llevarlo rápido- insistió misiá Pola.

La mamá le dijo a don Elías que lo llevara.

Estaban sentados en torno a la mesa familiar a la hora de la comida. Ladraron los perros al oír golpear la puerta del corral. El padre asumió tono grave y permaneció sentado. Su mamá se levantó.

- Tenía la mano zafada- comentó don Elías.- Don Jerónimo lo sobó.
- Gracias.
- Hay que untarle algo caliente. Aquí mandó un frasquito con manteca de cacao; o que le froten mamitolina.
- Gracias, don Elías. Vaya a comer.

El padre escuchó el diálogo desde la cabecera, y al verlo entrar lo miró con disgusto. Traía la mano en cabestrillo. Pasó a su puesto. Apenas se sentó le dijo:

- Empezó mal jovencito. Si se va a manejar así es mejor no traerlo.

Nacho no respondió.

- ¡Váyase a su habitación! Ordenó el papá.

Nacho siguió a su pieza. El Abuelo dijo:

- Eso es una caída sin importancia.
- No, Abuelo. Esas son cosas que no se hacen. Hay que enseñarles a comportarse- dijo la mamá, mientras el papá complementaba:
- De todas maneras hay que tomarle una radiografía.
- ¡Que va!- dijo el Abuelo. Ustedes tuvieron caídas perores y fueron necios y desobedientes. ¿O es que ya se olvidó? ¿Se acuerda de Guido que se quebró los dos brazos saltando en los barrancos de la quebrada? ¿Se olvidó de las trincheras que hicieron en los Lobos, para tirarse terrones, y que llegaban aquí descalabrados y sucios?

Misiá Pola que había entrado a retirar los platos y le había tocado lavar la ropa de su patrón cuando era niño, sonrió con simpatía.

Nacho alcanzaba a oír las hazañas infantiles de su padre.

- Un día- dijo el Abuelo al papá de Nacho- cogiste una pulmonía que casi te lleva...
- Misiá Pola estaba atenta.

- Resulta que tú y Ricardo un día de lluvia salieron a mojarse, a pisar todos los charcos. Se pasaron todo el día en esas, a pesar de las prohibiciones. Llenaron las carretas de barro y después para limpiarse se pusieron a bañar con agua de filtro. Dejaron las paredes de la casa sucísimas y lo peor fue la pulmonía que cogiste. Esa sí fue grave. Hasta allí llegaron las vacaciones de todos. El papá de Nacho hizo ademán de levantarse, y dijo:

- Por favor, no te pongas de alcahueta.

- Ahora resulta resulta que por decirte unas cuantas verdades, soy un alcahueta ¿no?

- El abuelo encendió el tabaco y salió al corredor.

La Llama

_ Oope, muchacho- dijo el abuelo al verlo entrar. La luz de las diez de la mañana era amable en el cuarto del Abuelo, iluminando los brillantes colores de su colección de mariposas. Tenía muchos perreros, tres sombreros y una escopeta colgada en la pared. En su biblioteca siempre había libros interesantes, poesías y frases elevadas. Estaba sentado frente a su escritorio y Brin echado en el tapete. Tenían una vieja amistad. Nunca la Abuela pudo conseguir que lo dejara afuera. No comprendía muy bien porque tenía que permitirle entrar a dejar sus pulgas a la pieza..."Chocheras", le decía.

- ¿Qué hay , Abuelo?
 - ¿Estás mejor?
 - Sí, Abuelo.
 - Claro, mijo. Tú no eres gallina.
- Nacho sonrió.
- ¿Qué haces?
 - Pongo en orden mis cosas. Tienes que tener cuidado muchacho. Te voy a decir...
 - Sí, Abuelo...
 - El punto de partida es saber proteger tu vida; tu integridad. Por eso es que los papás dan tanta cantaleta. Pero es por tu bien.
 - Era que quería coger el de la Azoma, que es mansito.
 - Sin embargo cogiste esa ternera brava. Hay que tener cuidado.
 - Abuelo, me regala, el hijo de la Azoma.

- ¿Te gusta?
- Y la vaca tiene las tetas blanditas. Yo la puedo ordeñar.
- Está bien, te lo regalo.
- Le dice a mi papá.
- Sí, mijo.
- ¿Y me lo marca con mi marca?
- Está bien.
- Pero no me la vender como la otra que me había regalado.

- ¿Cuál? No me acuerdo.
- La Mendiola. Este sí me lo regala de verdad.
- Bueno.
- Y el potro Moro...¿Me lo regala?
- También
- ¿Y me lo hace marcar?
- De acuerdo.
- ¡Pero no lo va a vender!
- No
- Este regalo sí es de verdad
- De verdad
- A ver: ¡Trato hecho!- dijo Nacho ofreciéndole el meñique.
- ¿Trato hecho!- confirmé el Abuelo, uniendo el dedo al de su nieto, cerrando solemnemente el pacto.

El niño salió corriendo y desde la ventana poco después, lo vio columpiándose con sus amigos, en el guayabo grande del mangón.

El Abuelo supo que esa noche moriría; se lo dijo su alma, con la que siempre se entendió, y su cuerpo cansado. Llamó a su nieto y le pidió el candelabro. Le dijo que lo colocara en su nochero. Tenía la hermosa lucidez de quien lo sabe todo. El niño se sentó en el borde de la cama y el Abuelo, dulce y sereno le dijo:

- Serás muy cuidadoso...
- Sí, Abuelo.
- Creo que voy a morir.
- No, Abuelo, no- El niño recostó su cabeza en el pecho del anciano.
- Moriré a las siete- A Nacho se le humedecieron los ojos- No llores.
- Sí, Abuelo; no- dijo, brotándole las lágrimas.

El anciano trataba de calmarlo disimulando su pena. Pasaron unos minutos y el Abuelo insistió:

- Cuando la vela se encienda, llama a tu padre porque habré muerto.
- No.

- El abuelo no se consumirá completamente...
El niño sollozó.
- Me quedaré contigo- dijo, dándole un beso.

La Luciérnaga

Después del entierro miraba el río sin detenerse en ningún pensamiento. Sentía cambiada toda su vida. Se levantó y echó a andar. De regreso lo imaginaba sentado en el corredor, con su camisa roja de cuadros escoceses. Recordó la vela; aligeró el paso. La esperanza renacida iluminó sus ojos.

Los primeros quince días, al llegar a la casa, por extraño sortilegio, olvidó su tristeza. El Abuelo comenzó a revolotear en forma de luciérnaga. Nacho estaba con los trabajadores de la hacienda atento a sus relatos.

Se posó en el dorso de su mano y alumbró. Nacho lo atrapó.

- Es hora de acostarse- indicó su padre, y el niño se despidió.

En el corredor lanzó la Luciérnaga a la noche pero volvió con sus destellos y entró a la habitación. La vio volar a la vela y perderse en su llama.

Al otro día, después de desayunar, fue a la pesebrera. El Potro Moro estaba ansioso; se levantaba sobre sus patas y relinchaba. Abrió la puerta y lo vio emprender carrera para el mangón. Cogió una guayaba y se le acercó. El Potro vino con su larga crin y los ojos del Abuelo; con su mismo brillo, con su acostumbrada expresión. Nacho subió a lomo y feliz galopó por la loma y las nubes de agosto.

- No me tienes que hablar, hijo- le dijo el Abuelo por la noche.
 - Me hace falta.
 - ¿Qué te pasa Nacho?- preguntó su madre oyendo las voces.
 - Nada mamá.
 - ¿Estás bien?
-
- Sí, mamá.
 - Hasta mañana,; que duermas.
 - Te basta con sentirme- retornó el Abuelo, hablándole quedamente.
 - Tú sabrás encontrarme en medio de las cosas.
 - El niño no contestó. Lo había entendido.

Los Duendes

Al día siguiente el Abuelo brillaba en todas partes. Nacho fue corriendo a los trabajadores que reparaban un cerco. Clarín, su cachorro, parecía volar con sus orejotas largas y peludas, latiéndole. Un poco más tarde llegó Marino para elevar cometas. A las cuatro, sus papalotes subían y jugaban. Nacho vio libélulas entre las cometas y recordó que el abuelo cumplía años. “¿Qué habrá sido de él?”- se preguntaba. Le daban ganas de verlo en persona, como antes.

- No se alejan mucho- aconsejó misiá Pola.

La tarde que lo mandaron por azúcar al “Crucero”, crió a una señora que venía llorando. Tenía el pelo largo, desgredado. La señora se recostó en un nacedero y Nacho tuvo que apartarse pasando entre un guadual. Su vestido estaba sucio y deshilachado. Al pisar una chamiza lo descubrió y fue a él, directamente. Lo miraba y lo miraba, diciéndole: “tú no eres mi Ruca; tu no eres”. Llevándose las manos a la cabeza, repitió desesperadamente: “Tu no eres mi hijita; tú no eres mi niña”, y llorando se alejó.

Nacho pensó en decir le al Abuelo que la ayudara. Se agachó donde habían caído lágrimas, cogió un puñado y lo guardó en un frasquito.

Los Duendes que lo espiaban, comenzaron a tirarle terrones. Uno con cabeza de rata, lo iba a morder; el Abuelo relampagueó y vino en una tempestad para ahuyentarlos. Luego, con la mano amplia y suave de una llovizna, le lavó las heridas y devolvió el sentido.

Aquel día dejó ver su antigua figura bonachona y llevó al nieto a su casa.

Nacho durmió en la cama con sus padres.

El avión de las diez de la mañana atravesó el alto azul. Lo trabajadores sabían la hora en la cuadrante del cielo. Don Paulino, cortaba caña; Manuel cuajaba queso; don Elías, ponía el ariete; Arcelio, rodeaba el ganado. Nacho no dio un paso afuera de su casa.

En el espejo no descubrió huella de la paliza. No sabía que había pasado, pero la tierra del frasquito seguía húmeda. Esa noche cogió la Luciérnaga y la metió en él: surgió una llama, oyó un grito y vio la señora del día anterior, más joven y bonita, que salía corriendo de una casa ardiendo, con una niñita. La Luciérnaga se apagó. Volvió a titilar y se vio cómo saqueaban la casa, mataban al esposo y de sus propios brazos le arrebataban la niña.

El Abuelo voló y el niño quedó llorando a oscuras. Su padre corrió a la habitación.

- ¿Qué te pasa hijo?- le dijo. Al tocar la frente lo encontró con fiebre. Le untó alcohol y dejó bien arropado.

Esa semana la pasó en la cama.

La Llorona

Su nombre es Libia. Nunca más volvió a ver ni a su esposo ni a su hijita, y desde aquel día vaga por los campos y los pueblos buscándolos. Dicen haberla visto en la Argentina. Su llanto se oye en toda América Latina. La vieron mirando los cadáveres de adolescentes en las Malvinas. Se abrazó a una jovencita y lloró varios días sin importarle el frío ni el hambre. Como de vez en cuando una fruta silvestre y sigue.

Andando caminos llegó a una montaña de la que divisó ondulaciones de colinas cultivadas de sábila; kilómetros y kilómetros, grandes extensiones de la planta de la suerte. Allí creyó encontrar a sus seres queridos. Sin saber por qué, la paz llegó a ella como pocas veces. Era una plantación muy hermosa y

había sembrados de incienso, quereme y albahaca. Como flotando en el aire, lenta y suspendida, casi sintiéndose contenta, avanzó varios días hasta llegar a la casa donde vivía su dueño. Una fina y mansa lluvia caía, descansándola, dándole calma en medio de sus perdidas esperanzas.

Pasó de largo, sin fijarse en sus construcciones y ramadas. Una semana después., Libia veía salir la luna. Pasó la noche haciendo círculos, danzando con su sombra al claro que iluminaba los collados. A corta distancia cambiaba abruptamente el terreno: era quebrado y extraño. Se oían cañonazos y relinchos. El relincho de un caballo herido es muy triste y quiso ir. Una niebla gris cubría las vegas en donde combatían. El río frío, se desangraba; por todas partes sufrimiento. Buscaba a los suyos entre las llamas del pasado y los estallidos de la pólvora. Los combatientes la tenían como el mismo espíritu de la Nada.

El Abuelo era feliz. No tenía que preocuparse de comer, pero si algo probaba le era agradable, con el sabor de las mejores cosas. ¿Cuál su dolor? La clarividencia. Sufría mucho por el comportamiento de la gente. Hay algo que debo decirles: siempre veía a los espíritus de espaldas. Los Duendes, de espaldas; las Animas del Purgatorio de espaldas. Para verlos de frente tenía venir a este mundo. Veía a la llorona y no sabía por donde iba.

Por las goteras de Cali, la Llorona llegó a la Plaza de Caicedo, pasando por Terrón Colorado, en realidad la alcanzó llegando a Monserrate, pero ya entrando a los archivos de la Corte ¡Pobre Llorona!. Confundía los lugares atravesando las ranuras del tiempo. Reapareció en Cali; deambulaba en sus cálidas calles a las cinco de la tarde, el viento jugaba con su falda y cualquiera la habría tomado por una mujer de sus atardeceres. Durmió en la entrada del Convento de San Francisco. Al día siguiente buscaba entre las colegialas el espejismo de las ilusiones. En cada una creía ver a su hija. Llegó la policía y la condujo al Hospital Siquiátrico, entonces el abuelo hizo de enfermero y la ayudó a escapar.

No la ha vuelto a ver ni aún por la espalda, estos últimos días.

El Perro de Manuel.

Mamey, mandul, yarumo, manodioso, guayabo, guamo; pomarroso, caimo, zarzamora; salvia, zapote, achiote; guácimo, ñegato, aguacate; piña, bambú, gradual; fique, sauco, amarguito, quereme, borrachero, sambenito, madroño; arrayán, ceibo, samán; nacedero, helecho, mayo; amorardiente, azafrán; dalia, hortensia, fríjoles, naranjo, limón; y el Abuelo ondeando entre el té embriagado de trópico. La azoma, la mirla, el titiribí, el zumbido del día seduciendo las flores. Nacho vio al Abuelo volar a un cerco. Allí tenía el ruiseñor su nido y el azulejo y el perico y el gorrión. El guardacaminos. Era divertido correr por el arco iris y ver como los pájaros lograban sus colores. El Abuelo, ya en la tarde, era una arisca torcaza morada que iba a dormir al monte.

Y vino la noche.

Cuando Nacho pudo levantarse, salió al corredor, escuchó voces extrañas en el corral. Estaba su padre hablando con un señor de a caballo que tenía encadenado un perro. Era el que había comprado don Manuel en días pasados. Estaba disgustado u decía que era el verdadero dueño; que su suegro, para tomar trago, lo había vendido. Decía que si era necesario llevaría el caso al Inspector.

- Es un borrachín mañoso. ¡Cómo le parece que primero me lo vendió a mi, y el domingo, que andaba todo traguiado, se lo vendió a don Manuel!

Don Manuel, que lo escuchaba comentó:

- Ya me las arreglaré con don Tomás. No vaya a creer que hay mala fe de mi parte.
- No, don Manuel. ¡Cómo si yo no conociera las marullas de mi suegro!
- Bueno perdóneme la molestia y que estén bien- se despidió.
- Hijo, vaya ábrale la puerta a don Simón.

Nacho fue corriendo. Luego, subido al cerco, pudo ver que soltaba el collar y el perro lo seguía.

Con motivo del reclamo de don Manuel se sintió mal. Aquella noche soñó que se escondía varios días debajo del piso de madera de su casa; que perdía altura; que por la noche salía al patio y se subía por el tubo al palomar. Las palomas no se extrañaban pero lo ahogaban. Los piojos comenzaban a corretearle entre el pelo. Con dificultad, en medio de las plumas y aquellos cuerpos calientes, se asomaba a la puertecilla a tomar un poco de aire, llegaba la policía y ¡tan! Lo capturaba.

Exámenes

Pero aquellas vacaciones de verano tenían un punto difícil y era que debía habilitar Castellano y Geografía. Los exámenes tenían lugar en quince días. Además tenían que ir a la dentistería. No tuvo mas remedio que despedirse de Marino y de los trabajadores e ir a la ciudad. Durante el viaje miraba con nostalgia las montañas; la prolongación del pasto al borde de la carretera.

La ciudad le producía una incómoda sensación de limpieza. A sus amigos comentó sus experiencias, sin mencionar para nada lo de la llorona ni lo de los Duendes y mucho menos el Abuelo. Lamentaba haber perdido las materias y prometía estudiar mucho el próximo año, pues no quería que le interrumpieran su estadía en la finca. Pasó por la tortura de la dentistería, ganó los exámenes de habilitación. ¡Ah! Ese día puso un retrato del Abuelo frente a la hoja en blanco y cuando le pasaron el cuestionario salieron dos preguntas facilísimas: “Cuáles eran los límites de Colombia y cuáles los del Departamento de Nariño”. Conocía todo esto. El propio Abuelo se lo había mostrado. El retrato le picó el ojo y Nacho tosió lleno de seguridad. Le hizo márgenes a la hoja, escribió con tinta azul, subrayando con lápiz rojo los títulos. El Abuelo le aconsejó que hiciera los mapas para ilustrar las respuestas. Obtuvo nota excelente y sus padres muy contentos le regalaron una chaqueta.

De nuevo en la finca era feliz. Tenía algo especial: se sentía hermano de los pájaros, hermano de las nubes. Los árboles eran como tíos y hermanos mayores, la quebrada una amiga. Las frutas ricas y , montando a caballo, se sentía hecho de sol y de viento. Sobre todo le gustaban los cuentos de los trabajadores.

Atrapar el Eco

Nacho amaneció contento. El sol estaba alto. Las vacas habían sido apartadas de sus terneros, los caballos devueltos a sus mangas. Nacho llegaba tarde al día. Los trabajadores no se veían. Sólo las mujeres daban una nota de realidad. Regresó a su habitación. Al entrar encontró al Abuelo en la mecedora. Era el mismo de siempre.

- Salió bien el examen.¡Te felicito!- saludó el Abuelo.
- Gracias a ti.
- No me des las gracias. Estudiaste.
- Gracias, Abuelo.

- Cuéntame, ¿qué hay de Marino?
- No lo he visto todavía. Tal vez viene esta tarde.
- Ese muchacho me gusta. Ayer lo vi estirar la luz con sus manos haciéndola cambiar de colores como un mago del aire- dijo y agregó, creando con el tono de su voz, cierto suspenso: - Hijo...
- Sí, Abuelo.
- ¿Me harías un favor?
- Sí, Abuelo.
- Necesito que me ayudes a atrapar el eco...
- ¡¿El eco?! ¡¿y cómo?!
- Por él puede regresar uno al sitio donde habló.
- ¿Y cuál eco quieres? ¿Qué hago?
- Será fácil. Busca una carta que escribí a la Abuelo, y un momento oportuno para leerla. Sabrás que habré escuchado.

Se fue por el centro de la sombra: eran las doce en punto.

Leyendas Campesinas

La noche de su regreso se quedaron en la cocina contando historias de aparecidos y leyendas de la región. Las seguía con interés, especialmente las que contaba Dositeo, en la banca de madera, envuelto en su blanca ruana de ovejo.

Don Manuel y don Elías jugaban trique con granos de maíz y semillas de frijol. Nacho tenía miedo, pero pudo más la curiosidad y permaneció allí para oír las historias del Espíritu del Galeras. Misiá Pola ofreció a todos aguapanela con limoncillo.

-Sucedieron en mi tierra, en Tangua. Son verdaderas. Yo mismo las viví. Yo he visto Duendes, Duendas y personas aduendadas. Y hay Vieja. Da aire de Vieja en la cabeza y uno anda en cuatro patas.

- Cuente, Dositeo, cuente- animó el muchacho, y el hombre continuó complaciente: - Beralmino estuvo enduendado. La Duenda lo esperaba en la quebrada. Eso le sucedió por haber estado tirando piedras al Aljibe. La Duenda era muchacha bonita; por seguirla se lo fue llevando. Cuando lo vimos lo tenía bien cautivado, subiendo por el borde de la cascada. Ella no se dejaba alcanzar. Íbamos cantando el verso del Duende porque es muy celoso y se parece y la golpea. Beralmino todavía tiene algo. Sale a buscarla. Ese mismo día de la Duenda vimos dos “Sachaguambras” que andaban desnuditos y juguetiando. Tenían el pelo largo y rubio; les caía a la espalda. Cruzaron, riéndose, el camino. Cuando fuimos a buscarlos se desvanecieron.

Don Paulino contó que la señora del finado Juan Antonio había estado enduendada.

-Todo el mundo lo supo- dijo y continuó narrando:- La viuda estaba cortando matas de escoba y se puso a bañar en el chorro. Al salir del agua principiaron a caerle piedritas; ella lo notó. Se preguntó quién sería y se fue para la casa, hizo

una meriendita y enseguida pasó donde su vecina. En la puerta volvió a sentir las piedritas. La vecina le dijo que se quedara, porque doña Ernestina, después de la muerte de su esposo, vivía solita; y ella que no. Al fin se quedó.

Esa noche les tiraron tierra del zarzo. Cuando se acostaron, cada una en su cama, el Duende se acostó al lado de dona Ernestina. Lo sintió como un niño y gritó; el duende le pegó con una vara. Entonces se acostaron juntas, apagaron la luz y el Duende vino y se acostó entre las dos. Al prender la vela no lo vieron, pero les tiraba tierrita.

- Yo conozco ese caso- comentó Manuel.- El Duende terminó llevándosela. La quería hartísimo; le daba frutas, le cepillaba el pelo y le hacía trenzas. Un día que volvió por una muda de ropa los vecinos la amarraron y ella sufría queriendo soltarse. El Duende toda la semana golpeó la casa y a la gente; por eso don Jovino le cortó el pelo, y la vistieron de hombre y el Duende no volvió a molestar. Se le acabó la pendejada.

Dositeo se acomodó la ruana. Iba a contar lo que sucedió con el Espíritu del Galeras, cuando el canto asustado de los pellares y los graznidos de los gansos llamaron la atención. Los perros ladraron. Luego quedó el silencio. Sólo se oía el rescoldo en el fogón.

- Algún viajero- comentó Manuel.
- A ver, ¡Cuenta!- pidió Nacho.
- La historia del Espíritu del Galeras es así: Yo iba a cazar venados por los montes del Galeras, hace mucho tiempo. Íbamos cada semana el cura del pueblo y yo. En una ocasión él se enfermó y no pudo salir. Fui solo. Llegué donde amarrábamos los caballos. En aquella oportunidad me alejé más, subí hasta un quemado del Volcán junto al cual se extiende un pequeño valle, muy hermoso. Los venados pastaban tranquilos. No se inquietaron con mi presencia y yo, que había ido a cazar apunté al mejor y lo maté. ¡Puummm!. El disparo fue certero. ¡Puummm! Retumbó en el cráter. A la semana siguiente mi amigo el cura seguía enfermo; yo volví. Iba por el quemado y vi que de la boca del Galeras,

por todo el filo venía bajando alguien. No sabía quién podría ser, y enseguida lo vi mas cerca, y en un abrir y cerrar de ojos, cerquita. Avanzaba mas rápido de lo normal . Llegando hablamos así, de ello nunca me podré olvidar: “¿Qué hace aquí?- me preguntó. “Cazando”- contesté. “Lo he visto” me dijo. “Si, señor”- le respondí. “No me

diga señor; Señor es el que está arriba- dijo. Yo estaba extrañado. “No vuelva”- dijo y se dio la vuelta. Me alcanzó a golpear con la cola. Tenía la espalda negra y peluda; el pecho era rojo. Tenía pezuñas, cachos, nariz larga y una mirada de animal que me recordaba los ojos del venado muerto. Desapareció.

-¿No le dio miedo?- preguntó Nacho.

Me quedé paralizado. Cuando salí del asombro y me puse a pensar quién era, me asusté y salí corriendo loma'bajo a todo lo que me daban las piernas hasta donde estaba el caballo, y no le dejé resollar hasta llegar al pueblo.

-¡Uy!- exclamó el niño.

- Desde esa vez nunca más volví al Galeras- continuó Dositeo.- Tampoco volví a matar venados ni ningún otro animal; que a mi me gustaba cazar guatín, guagua, tatabro... Ahora no cargo ni cauchera ni pesco.

- Tampoco, Dositeo; no era para tanto- comentó don Manuel.

- -¿Cómo que no? ¿Luego no sabe lo que pasó en la Tota?

- No...

- También pasa en muchos otros ríos y lagunas.

- ¿Qué?

- Hay un pez muy raro que sale a las orillas, camina como persona y empuja los pescadores al agua, luego él se tira y los ahoga.

Este animal está en la Tota desde que bajaron las aguas del Diluvio Universal. Los ribeños oyen sus lamentos, porque se queja mucho de su suerte.

- Yo creo en todo esto- intervino don Elías.

- Yo también- participó Misiá Pola.- Por eso no olvido mi estampita de la virgen.

Entró un viento frío que casi apaga la vela. Misiá Pola la protegió con ambas manos. Dositeo hizo una pausa oyendo las opiniones y pasó a contar la historia que sigue. Manuel y Elías dejaron de jugar.

El País de Irás y No Volverás

- En una casita vivía un hombre pobremente, con su familia. Un poco más arriba, en la colina, tenía su casa su compadre, rico en tierras y ganado. Luchaba para dar de comer a sus hijos pero nunca alcanzaba lo suficiente; no tenían casi nada que ponerse. Un día decidió marcharse, se despidió de su mujer y sus hijos. Salió a

buscar fortuna. Fue lejos, trabajó mucho y al cabo de un tiempo regresó con una remesa. Partió de nuevo, no descansaba pensando en la necesidad de su familia. Tardó algo en regresar pero consiguió una mula con la que hacía viajes llevando carga. Esta vez volvió con ropa y comida. Su mujer se llenó de alegría. Descansó y partió nuevamente. Trabajó duramente y compró dos mulas más. Cierta día por el sendero encontró un arriero que le propuso ir por un atajo, pero él, que conocía ese trayecto, le previno de que era resbaladizo, y siguió la ruta más segura. El arriero tomó la más corta. Después de hacer un largo recorrido el buen hombre llegó al punto en que se encontraban los caminos y lo vio pidiendo ayuda; la mula había caído con la carga. Le ayudó a levantarla. Como el arriero estaba cansado se quedó y él llegó pronto a su destino. Al cabo de un tiempo tenía seis mulas y pensó que había cumplido el plazo de volver a casa, definitivamente. Cargó las mulas, puso con cuidado los regalos y emprendió el regreso. Hacía rápido el camino. Al pasar entre el guayabal oyó quejarse a un animal, se acercó al sitio donde salían los lamentos y vio a un fauno lastimado. Lo curó.

- ¿Qué es un fauno?- preguntó Manuel.

Dositeo le explicó:

- Son unos seres silvestres que se salieron del Paraíso: mitad hombre mitad animal. Andan desnudos, tienen barba y cola de chivo.
- Sí, aseguró Dositeo.- El de ésta historia estaba herido. Como van descalzos se enterró un gancho de guadua. Tenía la pierna cruzada mirándose la planta del pie y se quejaba. Al lado tenía una flauta de carrizo.
- ¿Qué pasó?- preguntó Nacho con inquietud.
- Lo curó. Cuando pudo incorporarse, el Fauno lo condujo a un lugar del monte donde un grupo de animales estaba discutiendo el reparto de una presa. Al ver al hombre le pidieron que hiciera de juez. El aceptó y dio al Fauno, la piel; al Tigre, la cabeza; al Perro, los huesos; al Gato, los ojos; a las Hormigas, los intestinos; etc. Ellos quedaron satisfechos con la distribución y convinieron darle algo en agradecimiento. El Tigre le dio un colmillo; el Gato, un pelito; el Pavo Real, una pluma; y el Venado, después de meditar, le dijo: “No tengo nada para darte, pero recuerda: veas lo que veas y oigas lo que oigas, no digas nada”.
- ¡Qué interesante!- dijo Nacho. ¡Cheverísima esa parte!
- Espérese, jovencito, y verá lo que siguió- dijo Dositeo. Todos estaban en suspenso, y el viejo campesino continuó:
- El hombre siguió muy contento, pero, como su casa quedaba a días de camino, al ver una posada pensó en pasar allí la noche. Vio varios caballos en el patio y algunas personas en el corredor. Preguntó si había sitio para él y sus animales, y cuando le dijeron que podía quedarse, descargó las mulas. La gente iba pasando al interior con el posadero. No le gustó el aspecto; tuvo una sensación extraña cuando se acercó y le pidió que lo acompañara. Cogieron las bestias y las llevaron al potrero. Fue por la parte de atrás que entraron a la posada. Al principio no se veía nada pues ya era casi de noche y no había luz. El posadero rayó un fósforo y prendió un cabo de vela y el hombre quedó paralizado:(recordó las palabras del

Venado: "veas lo que veas no digas nada"). A su alrededor un montón de cuerpos; miró hacia arriba y vio las cabezas colgadas.

El posadero lo miraba saliendo de aquel cuarto.

- Ya era de noche. En la mesa, junto al fogón, había comida caliente que el posadero ofreció. Al pobre hombre el más leve ruido lo sobresaltaba aunque por el cansancio, se quedó dormido. Al despertar entraba la luz por las rendijas. Calculó la hora y salió con sus cosas, dispuesto a coger sus animales, pero lo estaba esperando el Posadero. Le dijo que no podía irse. Lo convidó a desayunar; así comenzó su cautiverio. A los seis meses las mulas estaban gordas, había ahorrado y creyó que podía marcharse. Se presentó ante su patrón. Otra vez dijo que no. No sirvió que le hablara de su mujer y sus hijos. Tuvo que quedarse. Se hizo triste. Pasaron seis largos años; el hombre siempre estaba callado, como ausente. Ese señor le pidió que se quedara otro tiempo y el hombre con el miedo de perder la cabeza, se quedó lleno de amargura. Poco después llegó con una bolsa repleta de monedas de plata, le devolvió las mulas, le regaló un caballo y lo dejó ir.

Nacho respiro.

Dositeo continuó:

-Por el camino llevaba la pena. Las notas de la flauta del Fauno, traídas por el viento, le recordaron que la alegría aún era posible y aligeró el paso. Días después llegó al rancho. Toc- toc. Lo habían pasado muy mal, casi sin comer, los vestidos hechos jirones. No se atrevía a abrir. Su mujer miró por una hendidura, al ver las mulas y a un hombre bien vestido, tuvo miedo. Toc- toc, insistió. Dio la vuelta y empujó la pequeña ventana; dijo que era su esposo; que no volverían a separarse y no pasarían hambre nunca más. Ella abrió la puerta y sollozando se abrazó a su marido. Los niños lloraban asustados pues ya no lo conocían.

El relató lo sucedido. Descargaron las mulas. Le entregó un vestido, llenó a sus hijos de regalos y se dispusieron a preparar una buena comida. Como no tenían leña, la mujer fue de prisa hasta la casa del compadre rico, quien la vio pasar estrenando y se quedó pensativo. Se levantó y preguntó a su esposa qué quería su vecina y ella le contó. Lleno de curiosidad al día siguiente pasó a saludarlo...

Todos escuchaban con atención.

Dositeo, hizo una pausa para tomarse un sorbo de aguapanela y prosiguió:

- El vecino le narró la historia y el compadre, deslumbrado por las monedas, pensó que tal vez sería más rico si daba con la posada.

Partió en su búsqueda y pronto salió a recibirlo el posadero. Lo acompañó al potrero a dejar las bestias y al regresar entraron por el cuarto trasero. Como no tenía la prudencia de su compadre, le dijo que sabía lo que pasaba allí. El posadero desenfundó el machete que cargaba a la cintura, le cortó la cabeza y la colgó en el techo.

Nacho se arrimó a don Elías.

Dositeo se levantó y cogiendo un tizón encendió un cigarrillo. Guardó silencio. Sonrió.

Don Elías comentó:

- De ahí es que viene la historia del Cura sin Cabeza y la de los Descabezados que se aparecen a la gente.
- Allí en Bellavista, por los lados del “Centavo menos”, lo han visto, y lo hemos visto...porque a mi también me consta- confirmó Manuel.

Iba a contar ésta y otras historia, pero eran más de las once de la noche cuando fueron a llamar a Nacho. Habían pasado la hora de acostarse.

Durmió hasta bien entrada la mañana.

Lo despertó el cacareo de una gallina buscando nido y el ruido familiar de la escoba de doña Pola.

La Mina

Un nuevo día se abría para él. Era un muchacho y conocía, sin saberlo, los pasadizos del alma.

Nacho amaneció contento y pronto llegó Marino: iban al túnel que atraviesa la Montaña de Jiguales. Pocos sabían de él. Doña Pola, en un morral, les puso gato. Los muchachos salieron a caballo a las nueve de la mañana, camino de su aventura, aunque todos creían que iban para el río. Juntos galoparon un trecho hasta que el terreno se hizo pendiente. Dejaron los potreros de la finca y pasaron los callejones del vecindario sembrados de guamos y cercos de piñuelas. Al medio día cruzaron el río, y allá cerca al paso, se encontraba escondida, tras la maleza, la entrada. Era Marino quien lo conocía mejor. Nacho una vez había empezado a recorrer el túnel pero se había devuelto.

Desde el filo de una loma don Arcelio, que estaba pastoreando el ganado los descubrió. Gritó y los silbó, pero no, no lo oyeron, y sin verlo se internaron en la O de los secretos. Marino sabía que tenía salida a un potrero. Allí dejaron amarrados los caballos y siguieron a pie. El Túnel era el antiguo cauce de un río, donde tenían los indios una mina que

encontraron los españoles. El suelo era húmedo y se oía el gotear del agua filtrándose, deslizándose por las estalactitas.

Los murciélagos chillaban inquietos.

De pronto oyeron voces.

- Son de los indios- dijo Marino.
- ¿Sí?
- Eso dijo Rafael.
- ¿El estuvo?
- Vinimos el verano pasado. Sólo se oyen por aquí, porque aquí queda la mina.

Voltearon hacia el lugar en que la cueva se ampliaba, volvieron a escuchar las voces y repetir el golpe de una pica en roca.

- No son de verdad. Son del pasado.
- Me está dando miedo- comentó Nacho.
- No seas flojo.

- ¿Qué vamos a hacer?
- ¿Trajiste la navaja?
- Sí
- Caminá busquemos el filón. Yo se donde está.

Una ave grande, de alas extensas, pasó sobre sus cabezas.

- Hay muchos; no te preocupes- avisó Marino.

Nacho le pasó la navaja.

- Allá está- dijo Marino, señalando con el chorro de luz de su linterna.

Se sentaron en un tronco.

- A lo mejor encontramos oro- dijo Marino.
- Mejor volvamos.
- Nacho, tranquilo. No nos va a pasar nada. Los murciélagos no nos atacan con la linterna.
- ¿Y si se nos acaban las pilas?
- Entonces apaguemos una. Sigamos con la mía.
- No; mejor con las dos- reflexionó.

La mina era oscura. Avanzaron cautelosamente.. Vieron brillar algo.

- Es una pala abandonada- aclaró Marino.- Allí está la veta, dicen. Otra vez oyeron voces, muy cerca y junto a ellos la figura de un hombre. Se quedaron fríos.

Era Arcelio. Del espanto Nacho se puso a llorar. Resolvieron regresar, pero darían una mirada donde Rafael decía que había sacado oro. Arcelio los acompañó y con el machete buscaron en la pared. Unos pequeñísimos destellos los alegraron; sacaron tierra y la guardaron.

El machete de Arcelio se hundió suave, sin resistencia y al retirarlo un rayo de luz cortó la oscuridad. Era la entrada secreta de los indios; salieron a un paraje nunca visto. Ni Arcelio que había nacido en la región y era grande, lo conocía.

-¡Es Africa! Rafael me dijo que su tío había ido a Africa por el Túnel; que había tenido que pelear con los tigres- dijo Marino.

- ¿Cómo va a ser? ¿No ve que el mar no deja?
- Por debajo...
- Arcelio estaba atónito. No le parecía cierto. Todo era verde y lleno de flores. ¿Sería El Paraíso? Lentamente siguieron a los nuevos prados.
- Estaban transformados. Nacho reaccionó.
- Arcelio, devolvámonos.

No contestó. Marino y Arcelio caminaban lelos, encantados. Tras un guayacán lila florecido, apareció el Abuelo, transparente. Su cuerpo no ocupaba espacio y a través de él, se veía el jardín. El abuelo puso su mano sobre el hombro de Nacho, siguiendo a sus amigos.

El Bosque de los Sachaguambras

-¿Cómo se llama esta lugar?- preguntó el niño.

El Valle de la Mina.- Respondió el Abuelo.

No sabía que existía.

Te contaré- dijo.- Una vez, pescando en la quebrada, en sentido contrario de sus aguas, había remontado tanto, que pasé la cascada y ví dos Sachaguambras. Devolví los pescados al agua y me dediqué a espiar sus travesuras. Jugaban a “la lleva. Ellos fueron los que la inventaron. La juegan de muchas maneras pero la que más les gusta es la común y corriente: no dejarse tocar del compañero. Me fui detrás hasta Manantiales. Allí estaban los otros. Cogían mandarinas. Los seguí cerca al zapote y desaparecieron. Esperé y como no los veía ni los oía, comencé a buscarlos. Sólo oía el cucarachero y los gorriones, no sus risitas. Llegué al zapote y ¡pun! Aparecí aquí.

- Entonces no es África.
- No, hijo. Es el bosque de los Sachaguambras.
- ¿Te conocen?
 - No; ellos no me ven.

- ¿Y a mí?
 - Sí, a ti sí. Se asustarían. Si los quieres ver debemos ir por ésta veredita.
 - ¿Qué hacemos con Arcelio y Marino?; ¡los van a ver!
 - Pronto se dormirán, porque a todo el que pasa junto al árbol de las campanitas, donde están, le da sueño.
-
- Y el Abuelo y el niño siguieron por un camino que parecía de cristal.
 - ¿Dónde viven?
 - En el bosque

Escucharon risitas y se escondieron. Pronto pasaron siete Sachaguambras que corrían y saltaban. Su alegría era la vida del bosque; lo animaban cual hermoso canto de las aves. El que está enfermo y los oye se cura.

El Abuelo y Nacho sintieron gran felicidad, dieron un paseo y regresaron. Encontraron sus amigos despiertos y maravillados. Marino y Arcelio no veían al Abuelo, que dándole un beso en la cabeza se despidió.

Tanta belleza intimidaba a Arcelio que les propuso volver al túnel y llevar los caballos.

En la región comentaban cosas como éstas, pero había algo especial, y era que no sucedían sino por casualidad, cuando menos se esperaba, Doña Pola decía que los Sachaguambras eran los espíritus de los niños que morían sin bautizar o sin haber hecho una mala acción. Ella tenía sus creencias. Tenía la seguridad de que Ruca, la hija de la llorona, era una Sachaguambra. Si se le perdía una fruta de la cocina, se ponía contenta que algún Sachaguambra la había tomado. Creía que le daría buena suerte, sin saber que era a Nacho a quien le gustaban los bananos y las frutas.

Así conocieron Marino y Nacho el bosque de los Sachaguambras al que deseaban volver alguna vez.

La inspección

Su padre debía ir a la Inspección a declarar en el asunto del perro. Dos agentes arrestaron al viejo borrachín en la cantina de don Lisímaco, donde estaba tambaleándose y diciendo improperios. Lo metieron al calabozo y a uno de sus propios hijos le entregaron la llave para que le abriera cuando le pasara la rasca.

Todos declararon y el Inspector lo conminó a la devolución del dinero a favor de don Manuel. El desvergonzado gritó que nunca lo haría, pero su mujer llevó a Don Manuel dos gallinas y un queso, y el asunto quedó arreglado.

Los Espíritus de la Montaña

Alguna tarde se escuchó en el monte el golpe del hacha. Don Arcelio se preocupó y montó rápido en el macho blanco. No se debía cortar del manantial. Enseguida se oyó que un árbol se venía abajo.

Unas cuantas gotas cayeron anunciando que llovería. Nacho, desde un potrero donde estaba deslizándose sobre el pasto con tablas de madera, vio pasar a don Arcelio; luego regresar contrariado, sin querer hablar con nadie.

Los trabajadores recriminaron al joven que lo había tumbado advirtiéndole que tuviera cuidado con la Madre Monte y la Madre Díagua.

-¿No ve que talando el monte se acaba el agua? Eso, hermano- le dijo un compañero- es tumar los espíritus.

La lluvia caía sobre el techo de zinc. Vino el silencio. No se oían ni las ranas ni las aves nocturnas. Nada. El clima se destempló. Entonces se vio un relámpago tenebroso y un trueno ensordecedor trajo la tempestad. A media noche la Madre Díagua soltó la creciente que bramaba furiosa por la cañada, dañando cercos, acequias y toda obra humana; la Madre Monte gritaba adolorida espantando pájaros, apretando lianas y bejucos como lazos de horca...Los perros aullaban, el ganado corría. La mirla murió en la jaula y las arañas se deslizaban por el suelo. Los murciélagos azotados luchaban inútilmente por asirse a los aleros de la casa. El vendabal dañaba los cultivos. Duró hasta el amanecer y todo el día.

A la mañana siguiente el sol salió. La dorada libélula apareció. Era el Abuelo.

Nacho pidió el legajo de papeles del Abuelo. Su madre fue al antiguo secreter y comenzó a buscar en el cajón; cada cosa era un recuerdo: el balero de cacho de cuando era niño, el machetico, el reloj, algún encendedor, su navaja, las fotos...¡Ah! las fotos y las cartas; las hermosas cartas del Abuelo. A la hora del almuerzo todos no hicieron más que recordar a los Abuelos. Nacho los veía, patentico, jóvenes y bellos, llenos de ilusiones. En la fotografía estaban sentados en casa de la Abuela. En la mesa de la sala

había un jarrón con las flores preferidas de mamá María. ¡Qué bonita estaba! Y en la cara de la Abuela se veía todos los hijos. El Abuelo sonreía a Nacho. Se veía apuesto, con aire de poeta, como un Whitman cazando mariposas en las riberas del Hudson.

Esa tarde el Abuelo vino a saludarlo. Estaba en la misma edad de la foto y con la misma ropa.

Paseo Familiar

El tiempo mejoró. Varios días después salió la familia de paseo. Nacho montó el Chanqueño. En varios tramos cruzaron el río. En una de aquellas veces la cincha de su montura se soltó, guardó el equilibrio y llegó bien al otro lado, precisamente el sitio elegido para almorzar. Mientras su madre y misiá Pola preparaban el almuerzo fue con Arcelio a bajar papayas. Eran pequeñas, deliciosas. En las Juntas, se unían dos ríos y formaban un charco profundo. Nadaban a gusto. Se dejaban rodar de la corriente. Se tiraban de las rocas y hacían nadar a los caballos. Llegó la hora del almuerzo y a la sombra de un guásimo disfrutaron del sancocho. Vieron deslizarse una culebra entre las matas de piñuela. Luego emprendieron la vuelta con el ruido del río a las espaldas. El amarguito y el uñegato, siempre al lado del camino pedregoso; frutillos y arrayanes, hasta que el sordo murmullo del canto rodado se fue desvaneciendo, mientras subían por las montañas y se ocultaban entre las rápidas nubes y la noche, por el Alto de las Huacas, donde salía el Gigante de Humo y pastaba la vieja yegua en la que el Duende, había hecho de niño las primeras trenzas. Salía una viejita, muy limpia y bonita, de vestido gris con blanco que sonreía y desaparecía...El musgo crecía largo en los guayabos y mameyes. El Pájaro- bobo saltaba adelante atemorizando en su constante revuelo a los caballos. Los estribos chocaban y el morrocó parecía dictar tétrica sentencia en la espesura. Daba

frío en las espaldas y en medio de la neblina llegaron tarde a casa. Los perros al sentirlos, salieron desafiantes. Pronto reconocieron a sus amos.

Alúa

Una tarde estaba buscando azafrán por El Cometera de Los Lobos y el Abuelo le mostró una mata muy bonita, se sentó en el pasto junto a él y le dijo:

-A la noche voy...Después de tomar la aguapanela te espero en el jardín. Quiero invitarte a Alúa.

- ¿Qué es?

- Sorpresa. Ya verás.

Llevó la mata; la mejor que habían visto las señoras. Nunca antes la comida tuvo tan rico sabor.

Por la noche encontró al Abuelo en el corredor. Enseguida salió al jardín, alzó vuelo y titiló. Nacho alumbró también. Se les veía como dos estrellas. Nacho disfrutaba asistiendo al concierto de los grillos, a campo abierto, bajo el hermoso cielo del tiempo. Pero la noche reserva sus sorpresas para aquellos que no son de su reino, una sombra abrió su pico y casi troza al niño. Asustado alcanzó al abuelo que lo llevó por lugares más seguros.

-Vamos- le dijo, conduciéndolo al resplandor del horizonte. Se unieron a otras luces que iban y venían en la inmensidad azul. Lo saludaban cocuyos y luciérnagas. Era Alúa : allí moraba el Abuelo.

Una, entre las luces, Nacho se sentía feliz. El abuelo alumbraba distinto; su luz era de mirada. Y le explicó:

-Algunas luciérnagas han sido miradas de personas. Hay miradas bellas que se escapan y vagan libres. Son pequeños astros del Epíritu que salen en la noche.

Entrando en el espacio donde el tiempo corre, la sombra del pico se vino hacia ellos y tuvieron que sacarle el quite. El sapo saltó queriendo cogerlos y volaron de nuevo. Se dirigieron a casa. Había sido grato pero no era conveniente desafiar los peligros de la noche.

La vaca

La llovizna se sintió desde la madrugada y persistió hasta la hora en que terminó el ordeño. El viento que venía del cañón del río disipó la neblina. Mientras los otros trabajadores tomaban su desayuno, Elías fue a traer los caballos. Los dejó en el corral y luego siguió hasta la cocina. En el corredor de madera quedaron las huellas de sus botas impregnadas de barro rojizo, a pesar de haberse esmerado en limpiarlas en el borde de una tabla. De haberlo visto misiá Pola, lo habría regañado.

La atmósfera estaba húmeda y parecía que pronto volvería a llover, no obstante el papá dio orden de ensillar. Arcelio alistó las jáquimas y los frenos. Sonaban los estribos de las monturas al bajarlas de los garabatos y colocarlas en las talanqueras. El papá subió al Duque; Nacho, montó la Lupercia; Arcelio, como siempre, el macho blanco; Jorge, el Campanario; Elías, la Abejita y Manuel, en el Chambimbe. Don Marcelino que había llegado esa mañana interesado en comprar varios novillos para la pesa, iba en su Cosaco. Antes de salir Arcelio arregló con el peine de cacho, la larga y reluciente crin del Duque.

Los vaqueros se fueron con el joven Pluma, ayudante de don Marcelino. Atrás dialogaban los señores metidos en sus zamarros. Los seguían los perros, Conga y Brin y Cazan.

No más dejaron los corrales volvió a lloviznar y se tuvieron que poner sus ruanas. No era demasiado recia como para devolverse. El camino estaba húmedo, más de lo que creían y los caballos resbalaban a pesar de sus herraduras.

Cruzaron el mangón, pasaron por el Mameyal, salieron al Lago y llegaron a Micay. Los trabajadores esperaban en la puerta del potrero donde la mayoría del ganado escampaba.

El papá dio instrucciones para arrearlos.

A las voces, los silbidos y los chasquidos de los perreros, empezó el bramido de las reses. Cuando el ganado estuvo enrutado, Arcelio galopó a un alto del potrero para contarlos; faltaban algunos novillos que vio cerca de la canoa salinera.

¡Ea! ¡Ea!, se oía repetir, y a Manuel chitando los perros. Arcelio arreó el ganado hasta la puerta buscando apoyo en el cerco y se devolvió.

- ¿Qué pasa?- preguntó el papá.
- Falta una vaca
- ¿Cuál?- preguntó de nuevo.
- ¿La Azoma?- intervino Nacho.
- La Careta- contestó Arcelio.
- Ha de estar por ahí, a la orilla del monte- dijo don Marcelino.

Don Marcelino y el papá de Nacho discutían el precio del negocio mientras Arcelio buscaba el animal. Nacho lo seguía. El Mayordomo no estaba tranquilo. Tenía una corazonada. En una hondonada del potrero, lecho de un antiguo río, metidos en un matorral, descubrió los restos de una vaca que esa noche habían pelado los cuatreros. Lo supuso cuando vio un pedazo de rejo amarrado al yarumo y huellas de arrastre en el pasto. "Mala seña", pensó y allí estaban los huesos, un poco de carne envuelta en hojas de plátano dentro de un costal. Removía el matorral buscando evidencias. En esas llegaron los tres. El papá se desmontó. Todos buscaban. A Nacho le pasaron los cabestros para que tuviera los caballos. Arcelio se apartó y encontró, al lado de una zarzamora, la cabeza y el cuero. No era la Careta. Habían sacrificado la "Mariposa", de don Luis, el vecino.

Les escurría el agua por el pelo y la cara. El aguacero arreció. Arcelio hundió suavemente las espuelas en los ijares del macho y salió a trote. Nacho fue con él. Al salir de un recodo vieron un Sachaguambra entumecido por el frío. Arcelio se desmontó y el Sachaguambra quiso huir, pero no pudo. Lo cubrió con la ruana y subió al macho.

-¿Qué paso?- le preguntó.

No contestó. El buen hombre le habló cálidamente, intentando ganar su confianza, y el Sachaguambra tímidamente respondió:

-Esta madrugada tuve una mala visión. Las malas visiones nos hacen mucho daño.

- ¿Qué viste?- preguntó Arcelio.
- Cuatro hombres con manos sucias. Tenían un quejido pegado en las manos.
- Su voz y su mirada reflejaban melancolía. Arcelio creía que era un niño de la vereda. Nacho sí lo sabía. Pasaron por la casa de don Gerardo, atravesaron la cancha

de fútbol y llegaron donde don Luis. Misiá Mercedes, su esposa, estaba en la puerta de trancas d la entrada.

- Buenas.
- Buenas, don Arcelio.
- ¿Don Luis?
- Atrás; por el madroño.¿Qué los trae?
- Malas, misiá Mercedes.
- Ya la esperábamos.
- ¿Cómo así?- preguntó don Arcelio.¿Ya les avisaron?
- No; pero hubo algo muy extraño.

Don Arcelio le pasó el Sachaguambra.

- Déle algo calientico- le dijo.

La señora lo recibió y lo puso de pié.

- Está aterido- agregó Arcelio.
- Con una tacita de té, bien calentita, se entona.
- Y usted nacho cómo ha estado?
- Bien...
- Luis está ahí no mas- dijo, indicándoles el camino.
- La señora tomó al Sachaguambra de la mano y se lo llevó a la cocina. Arcelio y Nacho fueron a buscarle, teniendo cuidado de no resbalarse en la bajada al chiquero.

Don Luis mantenía al menos un marranito. Esa mañana había ido a darle vuelta y vio que cuatro cerdos más estaban quitándole la comida. Inmediatamente se dio cuenta que eran condenados a la figura de puercos por alguna mala acción. A uno que todavía tenía cabeza humana le estaban creciendo las orejas y el hocico. Era el que hozaba más feo.

Don Arcelio le dio la noticia y don Luis le contestó: - Algo malo sabía que llegaría. Tenía la intuición. La llegada de “estos” era debido a algo grave.

Los cerdos se revolcaban en el fango, lamentándose. Don Luis había separado al cochinito... No sabía que había qué hacer con esos extraños seres.

Doña Mercedes dio la tacita de té al Sachaguambra, Lo vio reanimarse. Mientras se la tomaba la cocina estuvo como iluminada. El Sachaguambra sonrió agradecido, cogió la ruana y salió a buscar a don Arcelio. Vio sobre la mesa de la sala, un periódico reciente, porque a don Luis le gustaba que el lechero de don Carlos, se lo comprara en el pueblo. Sacha entregó a Nacho la ruana; don Luis lo miró con simpatía.”...Porque ver a un Sachaguambra tae buena suerte y él lo sabía”. Dejó de llover. Entonces vieron como Sachaguambra, reanimado y contento iba corriendo y a su paso cantaban los pajarillos y abrían los capullos.

Los cuatro cerdos formaron todos una sola humareda quedando convertidos en polvo de azufre que después desapareció. En cambio, por donde el Sachaguambra pasó el cafetal cargó anunciando a don Luis generosa cosecha que daría compensación y bienestar a su familia.

La Enfermedad de la Mirada

La mirada de la madre inesperadamente enfermó. El médico vino a visitarla varias veces, pero solo constataba que el mal avanzaba y los remedios formulados de nada servían. Tampoco el sauco ni la hierbabuena, ninguno de los cuidados de doña Pola y las vecinas. Todos estaban muy preocupados. El Abuelo también, que parado en la puerta, se quedaba contemplándola. La veían languidecer y consumirse y comenzaban a temer por su suerte. No porbaba bocado y resignada, parecía despedirse agradeciendo los esfuerzos que se hacían. Una mañana, contra lo esperado, se sintió algo aliviada, se levantó y abrió la ventana, quería gozar con la vista del paisaje. Pidió que soltaran los azulejos de la jaula y creyó sentirse mejor al verlos libres. Pero al día siguiente recayó y todas las esperanzas que su breve mejoría había alimentado se perdieron.

Una tarde en que estaba sentada en su habitación oyó unas risitas.

- ¿Nacho, eres tú?
- Nadie respondió.

En la casa sólo estaba misiá Pola, preparando la comida.

Eran unos Sachaguambras que habían ido a coger frutas de la cocina. La mamá los oía jugar en las barandas y sus vocecitas mitigaban su mal. Volvió a sonreír, se sintió con fuerzas para averiguar. Abrió y salió al corredor. Vio saltar una ardilla, pero no volvió a oír las risitas que, sin darse cuenta, le habían levantado y devuelto la salud. Entró a la cocina y misiá Pola se preocupó. Al verle el semblante cambiado, se alegró y le ofreció un pocillo de yerbabuena.

La alegría retornó y con su toque mágico hizo que todo luciera bien.

La Ladera de las Plantas Habladoras

Subió a la Ladera de las Plantas Habladoras y se sentó en una piedra grande. Notando su presencia la más próximas callaron; las otras, hablaban y hablaban, con rumor de río, murmullo de viento. Sus vecinas eran dos matas de salvia, silvestres y sencillas, de pura tradición campesina. Estaban al borde del camino y comentaban de los armadillos, las torcazas, el ganado; del tiempo, pero lo que atrajo su atención fue el comentario sobre los hombres. No eran muy viejas, sin embargo se afectaban con cierto tono de experiencia.

- Está haciendo una represa.
- ¿Quiénes?
- Buscaron a don Victor.
- ¿Cuál?
- El Bejuquero, el que hace las canastas para coger café.
- No me acuerdo.
- El que juega en el equipo de fútbol del Piñal.
- ¿El de la bicicleta?- quiso aclararse.
- El mismo; que es el ingeniero de por aquí.
- ¿Y Demetrio?
- Está en Tierra Caliente.
- ¡Ah! ¿Y cómo quedan las de ahí?- preguntó con inquietud.
- Las de agua, contentas; las de la orilla; tristes.
- Los peces alegres, supongo.
- Se olvidan que harán costumbre de venir por ellos.

Se había iniciado la construcción de una represa en la quebrada. Los peces nadaban contentos, aumentados sus dominios, sin importarles los dolores de las plantas de la antigua orilla, que se ahogaban. Nuevas plantas acuáticas y vanidosas ocupaban sus lugares.

Al roce del capataz la adormilera se estremeció lanzando sus suspiros. Las demás miraron hacia ella, a quien tenían por su sensibilidad como vigía. Venía el terror del helecho y de la salvia. Calló el mundo. Sabían que volvería con la cuadrilla de limpieza. Nacho ignoraba tanta tensión. Se acercó y olió las flores, disfrutó de su aroma, les dio un beso. Las salvias se sintieron orgullosas. Eran sus amigas. Cruzó el puente de bambú.

Las Plantas Habladores dejaron en él una preocupación. Se la comentaría al Abuelo; más no se manifestó en varios días.

No le Sucede a Toda la Gente

Preguntó a su padre:

- ¿Conoces la Ladera de la Plantas Habladoras?
- Leyendas, hijo.
- ¿La conoces?
- Dicen que queda junto al Dique.
- Estuve allí, las oí conversar- aseveró.
- Es imposible- replicó.- Sería conveniente que descendieras de las nubes.

Se quedó callado.

Aquella vez que oyó el coro de las violetas de la ventana se asombró. Fue la primera vez y apenas era un niño. Estaba aprendiendo a caminar. Creyó que las cosas era así. Con el tiempo ha sabido que no le sucede a toda la gente; y continuó esperando la ocasión de contárselo al Abuelo.

Lo esperó todo el día y a las cuatro lo vio aparecer. Era golondrina que revoloteaba con otro Abuelos entre los árboles que rodeaban la casa. Quería hablarle, pero no hacía caso. Estaba a lo suyo.

Disgustado se fue para la cocina.

Doña Pola avivaba el fuego.

- ¿Qué pasa muchacho?
- Nada.
- Te pasa algo.
- Es que hace varios días estuve en la Ladera de las Plantas Habladoras; ¿usted cree?
- Oyen hablar ahí.
- ¿Usted ha oído decirlo?
- Sí, aunque no me ha tocado; eso no quiere decir que no ocurra.

Nacho se esforzó y dijo:

- Ya las oí.
- ¿Si?¿De que hablaban?

- Del Dique.

Doña Pola destapó la olla de la sopa probándola con el cucharón. Le dijo:

- Don Juanito las ha oído.- Y con complicidad añadió: los ancianos y los niños son los que más las oyen.

Se conformó un poco y cogiendo unas mazorcas se puso a ayudarle a desgranarlas.

La Caja Ronca

La presencia de los abigeos trajo inquietud a los moradores. Las fincas y parcelas redoblaron la vigilancia, en especial en las noches de luna, porque al amparo de su azul claridad se movían los maleantes haciendo sus fechorías. El Inspector y los Policías salían a hacer rondas y los campesinos, solos o en grupos hacían recorridos y guardaban con cuidado sus herramientas y aperos. Atentos al ladrido de los perros, de vez en cuando escuchaban algún disparo. Ni una gallina volvió a faltar y la gente sintió bien su vecindario. Habían sido ladrones venidos de otros puntos.

Una mañana Marino, Alfredo y Nacho, se pusieron a construir una casa en el bosque. Eligieron el sitio pensando en que fuera un secreto, dentro de un claro,

cerca de la quebrada, junto al Higuerón y le harían un túnel. Llevaron alimentos para todo el día. Metidos en su obra no se dieron cuenta del paso del tiempo. Todavía quedaban algunos arboles que la noche rápidamente cubrió soltando su oscuridad por todas partes. Cuando llegaron a casa los padres de Nacho estaban preocupados.

Al día siguiente salieron con tablas, clavos y martillos. A las cuatro la tenían terminada y una ardillita curiosa se acercó, después llegó otra y luego otra. Alfredo sabía algunas cosas que os demás muchachos ni siquiera imaginaban. Sabía montar en las ardillas. Y les enseñó.

Alegres saltaban en sus caballitos de Árbol, de rama en rama. ¡Qué rico era! Disfrutaron y al llegar a casa los papás aguardaban intranquilos.

Al otro día llegaron Marino y Alfredo; Nacho los esperaba. Alcanzó a ver al Abuelo, por los colorados, acompañado de Brin. Lo invitaría a conocerla. Iba a pensarlo bien antes de decírselo a sus amigos.

Ese día los cogió la noche. Cuando quisieron irse estaba demasiado oscuro. La ardillita de Nacho saltó a la casita. La cargó. Cinco minutos después nada se veía. Los zancudos y mosquitos no dejaban de picarles. El Chirriador lanzó su chirrido. La alimaña se hundió en

la maleza. Todo era irreconocible y terrorífico. Sólo distinguían la desagradable manía de ulular que tiene el búho. Los envolvió el silencio. Resolvieron montar guardia por turnos, como los Scouts, pero se quedaron dormidos.

A las doce un ruido pesado los despertó: un hombre maldecía jalando de los lazos una caja grande de madera. En la mano izquierda llevaba una lámpara. El Posadero trasladaba sus víctimas. Los muchachos se quedaron petrificados: el Posadero escupió y siguió jalando. La caja dio una vuelta, se salieron dos canillas y siguió dando tumbos haciendo un estruendo infernal. Inútilmente intentaba detenerla. Era un ruido ronco de almas en pena. Los muchachos guardaban la respiración. Alcanzaron a oír a Manuel.

- ¡Naaachooo!; Alfredo!
- ¡Ma-riiii-nooo!

A las cinco y media comenzó a despuntar la aurora. La ardillita brincó a las ramas y se perdió en el follaje. Nacho puso pié en tierra, con cuidado de no tocar las canillas y él y sus amigos corrieron sin parar. Descansó cuando su madre abrió la puerta.

Los castigaron.

El Abuelo se enfadó.

Don Juanito

Enterados de que don Juanito había llegado a Manantiales, fueron a saludarlo. Tenía la voz más hermosa. Era un viejo trigueño y delgado, de ojos vivos y un gran bigote rucio y gastado. Con su tabaco de larga ceniza sonreía benévolo.

- Yo no he oído las matas de la represa, pero sí a otras.

Nacho, Marino e Irene Luisa- nieta de don Juanito- lo escuchaban en el corredor de su casa.

- Les voy a aclarar de una vez: no sólo las plantas, todos los seres tiene voz. La voz de las cosas es la voz Eterna.
- Pero se les entiende- enfatizó Nacho.

Don Juanito salibó el tabaco y continuó:

Esa voz no es sólo una sino muchas: la del viento, la de las aguas, la de las piedras...

Don Juanito condujo a los niños a la roza donde arrancó una arracacha. La limpió con delicadeza y la llevó al oído.

- Escúchala- dijo.
- Nacho la sintió agitada como su tuviera corazón de liebre, timidez de canario.
- Pásesela a marino- indicó don Juanito.
- ¿No le da pesar?- preguntó nacho.
- No- respondió desconcertante.
- ¡Por qué?

- En la casa les explico.

Colocó la raíz al lado del banco. Les dijo:

- Veán muchachos: lo que pasa es que las plantas se chupan la tierra y sus hojas son boquititas absorbentes, tan activas como nosotros- se quedó pensativo y concluyó:- nunca les hagan daño, a menos que sea necesario...

Marino vio como el viejo se reanimó diciéndole a su amigo:

- ¿Ya sembró un árbol?
- Sí.
- Entonces , cuando termine los estudios, debe escribir un libro, porque ha de saber que todo hombre debe plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo.

Lo dijo con euforia, dándole un golpecito en el hombro.

Don Juanito: ¿Y usted, ya escribió el libro?- preguntó Marino.

- A mi manera: en las páginas de la tierra, con el azadón.

Himnos verdes que conoce el viento.

La Lección del Abuelo

Era agradable encontrar personas así, pensaba Nacho. Aquella visita le había enseñado muchas cosas, sin embargo le había creado interrogantes. Deseaba hablar con el Abuelo, y no venía.

Cuando al fin pudo, le dijo:

- Ayúdame a aclarar algo...
- Qué será?
- Dime, Abuelo: ¿Qué es el bien?
- Lo bueno, hijo, es ser un y ser el otro.
- No entiendo...
- Meterte en el pellejo de la gente.
- Aaahh.
- Comprenderás su situación. Es la manera de oír la voz de las cosas, como te dijo Juanito. Escúchala en el silencio porque la opaca el ruido.

Se fue tranquilizando.

- El abuelo le habló: es saber conocer el corazón.

Nacho entendía.

- Serás feliz sin proponértelo- predijo.

El niño se quedó dormido.

El Cucú

Por manantiales don Juanito y los niños encontraron a David, el Huaquero. Llevaba la mediacaña, cateando. Lo saludaron antes de entrar al monte contiguo a la cancha de fútbol. Iban para la Molienda. Tomaron el sendero de las orquídeas. De pronto cantó el cucú.

- ¿Cómo es posible que cante el cucú por aquí?- preguntó Nacho.
- Don Juanito sonrió invitándolos.

- Vamos

Se internaron en el bosque. A su paso la Flor de Tierra, abundaba; y las guacharacas; y las perdices; una bandada de chamonés; la algarabía de las loras. Oyeron nuevamente el Cucú y don Juanito se lo mostró: en la parte alta del tronco salía y retornaba a su hueco. Cantó las once de la mañana. El sol caía casi perpendicular.

- Lo veo y no lo creo- comentó Nacho.
- Lo sembró un relojero suizo.
- ¿Y cómo es la semilla?- preguntaron Nacho y Marino al mismo tiempo.
- Como un chambimbe. El árbol sólo da una pepita cada treinta años.
- ¿Y qué tiene?
- Se ve un relojito.
- ¿Usted la vio?
- Hace treinta años.
- ¿Cómo crece?
- Como nogal.
- ¿Cuándo sale el pajarito?
- Llegan muchos como a cualquier árbol, pero uno encuentra agradable

el hueco de un carpintero y se queda cantando las horas.

Atravesaron el monte hasta un guayabal. Siguiendo las ondulaciones del camino, sintieron el aroma de la miel, cruzaron el platanal y salieron al Trapiche. El humo subía ¡Sí que olía bueno! Estaban don Arquímedes y Héctor, con los ayudantes. Ataban los caballos al palo y para adelante con ellos, dándole la vuelta.

- Buenas- saludó.
- Buenas don Juanito- contestaron.
- ¿Qué tal muchachos?
- Bien gracias.
- Tómese un guarapito. Tenga- dijo Héctor, ofreciendo a Nacho un recipiente de guadua.- A ver, Marino, hágale.

Los muchachos se tomaron su tarugo y se pusieron a colaborar echando bagazo y leña al horno, limpiando la cachaza que se reunía en torno al balso. En los fondos hervía la miel. Llegada a su punto disfrutaron moldeando la panela y haciendo blanquiao. Era el reino de las abejas, de las avispas y de las mariposas. Los perros velaban golosos su trocito de dulce.

Llegó don Victor en bicicleta. Era la única en la región. Nacho se la pidió prestada y dio unas cuantas vueltas a la ramada, y enseguida la cogió Marino. La una y media de la tarde, tal vez sería, cuando regresaron a casa de Juanito. Doña Odilia los esperaba con mazamorra y envueltos de choclo.

Destino a la Ciudad

Marino no esperaba que su padre lo despertara tan temprano. Don Tomás había contratado un camioncito y a las nueve pasaron por “Guambrinas” hacia nuevo destino. El tío Vicente había encontrado trabajo como obrero en la reconstrucción de Popayán. Allí iba, en ese camioncito destartado, con su mamá y sus hermanos. Tenía miedo porque la gente contaba escenas terribles del terremoto y podía volver a temblar.

Su tío vivía en terrenos de invasión donde había templado una carpa de la enviadas para damnificados. Pagó caro por ella, pero era mejor que ponerse a construir. Marino se sentía muy triste; su papá a gusto. Pasaron varios días y se hizo amigo de otros muchachos. Se divertían sobre los escombros. En las noches subía con su primo a un árbol para dormir. Se llegaron a reunir hasta siete en ese árbol. Ana Rita, su hermana, ayudaba en los oficios. Su madre y la tía bastaban, y ésta inutilidad la apenaba. El Espíritu del Viento se le apareció y le dijo que le ayudaría. Amaneció contenta: ahora Ana Rita vende pompas de jabón en el parque.

Después de conseguir el agua- a Marino lo habían encargado de llevar todas las mañanas tres cubos-, su tío le pidió que le ayudara a colocar la escalera en el poste de la luz. El tío sacó el alicate de su bolsillo y preparó el cable, trozando en el extremo una parte del caucho que lo recubría hasta que el alambre dorado brilló. Se le veía contento de poner energía a su vivienda. Subió al último travesaño, pasó su mano izquierda alrededor del poste, con tan mala suerte que hizo contacto y toda la electricidad se dirigió a su cuerpo. Se oyó una explosión y el tío ardió como un gran cirio pascual. A Marino le parecía mentira.

Temeroso se asomó al ataúd por última vez: era tan pequeño como una veladora y daba una lucecita cada vez más exigua. Su tía dispuso que lo enterraran. Marino pensó que volvería imperioso por la boca del Volcán de Puracé.

Las conversaciones de duelo, los pésames y el tinto eran cosa de mayores. Su padre se emborrachó. Había cierto calor en la miseria, cierto acomodo a la rabia y a nuevos roces. Esa noche le tocó quedarse afuera de la carpa y al amanecer el sol pasó de largo.

Poco después Marino caminaba por el centro de la ciudad y oyó sonidos para él desconocidos. Serían las seis. La Torre del Reloj no las marcaba. El cielo azul era la cúpula de la Iglesia derribada y pronto brillaron las estrellas. Marino entró admirado. Un Sacerdote, de edad, tocaba el órgano sin importarle el peligro de la edificación que

amenazaba desplomarse. De vez en cuando, entre los compases de aquella música sobrenatural, se escuchaba deslizarse el polvillo de los muros. El Sacerdote continuó hasta que la oscuridad se impuso; entonces el cura cerró la puerta y Marino siguió.

Su padre retornó a la finca, inconforme con el trabajo y de su suerte. También Marino se sentía mal. Pensó que cuando fuera un poco mayor quizá iría a Quito. No sabía muy bien por qué.

La Despedida

El papá de Nacho detuvo el campero frente a la casa de don Tomás. La mamá de Marino lo mandó a llevarles unas matas y un morral con naranjas. Se despidieron los amigos hasta las próximas vacaciones.

La Palabra

Comenzaron los días de colegio y con ellos las tareas, las lecciones. En los recreos se contaban anécdotas. Uno hablaba del mar. Otro de Bogotá; Nacho resolvió contar su historia con los Duendes. Escucharon con interés pero no se la creyeron. Tampoco la del cucú. Entonces no contó ninguna más. El Abuelo le aconsejó buscar al Poeta Encantador de Palabras. Una tarde, a las cinco, fue a buscarlo pero no estaba. Volvió al día siguiente. Al tercer día una Palabra abrió y le hizo pasar.

- ¡Adelante!- dijo.

Asombrado siguió. Permaneció en silencio.

- ¿A quién busca?

- Al Poeta.

- El Poeta no está ¿Cómo decirte! Está y no está...

- ¿Cómo así?

- Está soñando.

- ¡Ah!

- Cuando sueña, se va, se sale del cuerpo y a veces hasta se lo lleva.

- ¡Aahh!

- ¿Te parece raro?

- ¿Quién eres, Voz que me hablas?- preguntó.

- La compañera del Poeta.

A Nacho le pareció raro estar conversando de esa manera y le dijo:

- ¿Cómo eres? ¡Déjame verte!

- No puedo.

- ¿Por qué?

- Tengo muchas formas.
- ¿Cómo un dragón?- preguntó Nacho.
- Como un dragón.
- ¿Eres como un dragón?
- No sólo eso- dijo, contrariándose.
- ¿Por qué?
- Porque soy la palabra. Si tú dices, casa; yo soy casa; si tu dices por ejemplo, luna; soy luna.
- ¿Y cómo haces para vivir?
- Es muy fácil: vivo en todas partes.

Al oír la conversación el Poeta se despertó y llamó a su compañera.

- Con quién hablas , Poesía?
- Con un niño que viene a saludarte.
- Ya voy.
- Ya lo oíste; siéntate, y lo esperas un minutico...
- Enseguida apareció el Poeta rodeado de una aureola por todas partes.
- Hola.
- Hola.
- Has venido todos estos días, me han dicho.
- Sí.
- ¿Quién te mandó?
- Mi Abuelo.
- ¡Aahh!, sí tu abuelo Joaco- asintió con gusto. ¿Y qué deseas?
- Que me enseñes a narrar historias que agraden a mis compañeros.
- Ya está.
- ¿Qué?
- Que ya está; ya te enseñé.
- ¿Cómo así?- insistió sorprendido. ¿Qué debo hacer?
- Es muy sencillo: tiro al blanco con la palabra. Tienes que escribir y escribir al blanco. Tienes que dar en el papel, tienes que dar en el silencio.

Cuando el Poeta dijo silencio todo permaneció callado. Nada se oía; ni los ruidos de la ciudad ni sonido alguno. Nacho lo miró y encontró que sonreía. Comprendió por qué le decían el Encantador de Palabras. Las Palabras le obedecían.

- Gracias- le dijo, con admiración.
- Vuelve cuando quieras.

El Poeta fue a su escritorio tomó un cuaderno y un lápiz y le dijo:

- Te lo regalo.

Nacho lo recibió agradecido.

Era suficiente. Se despidió.

En su habitación, a la luz del Abuelo, empezó a escribir. La llama tomó un brillo intenso y transparente, se extendió alcanzando a Nacho, trasladándolo al País del Sueño: todo era fresco y hermoso. Las gotas del rocío conversaban con la luz. Maravillado echó a andar por

el paisaje de delicados tonos verdes y grises, punteados de florecitas y helechos que revoloteaban con un vientecillo tímido que aprendía a jugar. El Abuelo estaba sentado en un viejo tronco caído, tenía su camisa escocesa de cuadros rojos. Nacho se sintió feliz y cada vez que se le acercaba sentía que su felicidad aumentaba. Cuando llegó a él, su paz fue perfecta. No dijo nada. El Abuelo se levantó, le pasó la mano sobre el hombro y continuó con él. Se agacharon para pasar la rama del pomarroso y subieron a la cima de la colina de San Antonio. El ganado pastaba acompañado de las garzas y pellares. Descendieron cerca de los añosos aguacates y vieron una Llorona, dichosa de haber encontrado a su hijita. Le lavaba la carita en el agua de la quebrada. Escucharon risitas de Sachaguambras que pasaban jugando y el Abuelo sonrió desvaneciendo su figura en el resplandor de la mañana. Nacho se sorprendió sabiendo que estaba con El en todas partes.

Un Sachaguambra travieso se le acercó tocándole en el brazo:
Nacho volteó a mirarle. Volvió a tocarle y con vocecita saltarina le dijo:
- La lleva eres tú.
Nacho salió a perseguirlo.

Retrato de las Voces

Guambrinas: Hermosa región Sur Americana, tropical, donde sucede la historia de Nacho y viven los Sachaguambras.

Sachaguambras: Espíritus infantiles del bien.

Alúa: Término que designa a la luciérnaga. También, la Morada de los Abuelos; lugar donde está el viento cuando no sopla.

Gato: No solo se le dice al mamífero casero sino, igualmente, al alimento que se lleva al lugar de trabajo o excursión. Es un modismo

Villa Maga: Ciudadela donde don Sebastián de los Sueños tiene acuartelados los Ejércitos de la Ternura que combaten a Kannibalia.

El Crucero: Punto de Guambrinas desde el que se ve brillar La Cruz del Sur más intensamente.

Duende: Espíritu travieso, a veces bueno, a veces maligno. De poco fiar. Es pequeño y usa sombrero alón. Hay muchos en las cañadas de Guambrinas. Persiguen a los niños y especialmente a las niñas que andan solas y no hacen caso a sus mamás.

Espíritu de la Montaña: Entre otros, La Hojarasca. La Madremonte, La Madre d'agua, protegen los sagrados elementos de la devastación del hombre que asola los campos.

La Vieja: Mujer desgreñada y sucia que anda por los montes y hace daño a los adolescentes que llegan tarde a casa. Sus alaridos retumban en los picos de las montañas.

La Llorona: Hay muchas lloronas. Son madres que lloran la pérdida de sus hijitos por la violencia o porque no supieron cuidarlos.

Espíritu de Galeras: Algunos lo llaman “Buziraco”. Es misterioso y cuando se disgusta estrangula a la gente. Parece que vive en el cráter del volcán y en el fuego de las herrerías de los pueblos.

Fauno: Ser silvestre: mitad hombre- mitad animal. Los que se ven en Guambrinas tienen el cuerpo cubierto de vello., tiene barba de chivo y cola. Les encantan las uvas y les gusta tocar flauta y pintar en las cuevas figuras curiosas.

Palabra: Cuando llega el viento al Hombre y le sale por la boca nombrando las cosas.

CONTRACARÁTULA

Cuando en la década anterior Javier Tafur sintió la necesidad de iniciar en serio su actividad literaria, que seguramente lo tentaba desde muy joven, eligió el género de la biografía o, mejor, de la semblanza. Pero fiel a una vocación que ya no cambiaría, no se fijó en un personaje importante, histórico, en un político p guerrero de notable trayectoria, sino en uno casi anónimo, popular, de popularidad apenas parroquial; un ser pintoresco, de carnaval. Escogió como sujeto de propósito a Jovita Feijoo que, con otros de parecida condición, componían la nómina de tipos algo chiflados, simpáticos y a veces furiosos, que en ocasiones caracterizan la imagen auténtica de una ciudad, o un pueblo.

Aquella elección no era arbitraria, de simple capricho. Desde entonces, sus preferencias estéticas, el material sobre el que habría de trabajar, lo elegiría en los segundos o tercero planos, en lo minúsculo, aquello en que la mayoría no repara, no considera digno de llamar su atención. Nada en su obra será altisonante, pretencioso, sino justamente lo contrario; nada que no pudiera fijar con un alfiler, como inerte mariposa con pocas palabras o unas cuantas imágenes. Más que poemas muchos de ellos semejan relámpagos de metáforas que buscan despertar en el lector la huella fugitiva de un bello instante o de un dolor apenas insinuado. En muy pocas de sus poesías, si así pueden ser llamadas, desarrolla por completo una idea o un sentimiento, por muy primitivo que ellos parezcan. Sus antecedentes literarios debemos buscarlos en algunas culturas orientales; sobretodo, en la forma de los hai-kai, brevísimos poemas, con la fugacidad de súbitos resplandores.

Quien penetra en el mundo elemental de Javier Tafur, tiene la impresión de que apenas le han propuesto un enigma que personalmente debe solucionar, en una experiencia que exige la colaboración estrecha de quien desee disfrutarla. Escogeremos de su libro “Ocarina” este POEMITA DE LA SEPARACIÓN, cuyo texto es más breve que el título: “Todo está ligado”. Aquí, si alguien se detiene a meditar sobre el sentido de esta conclusión, puede llegar a diversas interpretaciones, para terminar aceptando que la separación de dos seres que

estuvieron unidos por un vínculo auténtico, es imposible; por que siempre quedan los recuerdos, esa fidelidad de la memoria. Todo está ligado! Algo semejante encontramos en otros versos que parecen simples golpes de pincel sobre tela. Algunos sólo tienen la fragilidad y transparencia de un fragmento de arco iris.

Alberto Dow D.(1989)

Indice

<i>La llegada</i>	7
El Abuelo y el Niño	9
Amigos	11
La Avispa	13
La Llama	17
La Luciérnaga	21
Los Duendes	23
La Llorona	25
El Perro de Manuel	27
Exámenes	29
Atrapar el Eco	31
Leyendas Campesinas	33
El País de Irás y no Volverás	39
La Mina	45
El Bosque de los Sachaguambras	49
La Inspección	51
Los espíritus de la Montaña	53
Paseo Familiar	57
Alúa	59
La Vaca	61
La Enfermedad de la Mirada	67
La Ladera de las Plantas Habladoras	69
No le Sucede a Toda la Gente	71
La Caja Ronca	73
Don Juanito	77

La Lección del Abuelo	79
El Cucú	81
Destino a la Ciudad	83
La Despedida	87
La Palabra	89

Se terminó de Imprimir en los Talleres Gráficos de ARTE- COLOR Impresores, Cali, en el mes de Mayo de 1990.